

LA OCUPACION PLENA, PROBLEMA CENTRAL DE LA ECONOMIA DE POST-GUERRA

Estando próximo, ya que no inmediato, el final de la presente guerra, no es perjudicial ni superfluo ocuparse de los problemas que sobrevendrán a los pueblos en la post-guerra. En efecto, la inminencia de trascendentales cambios para el mundo ha hecho aparecer una nutrida literatura en que los espíritus más responsables y alertas de nuestro tiempo tratan de buscar una respuesta equitativa y alentadora para los hombres que han ido a la presente guerra con la convicción de que ella es una lucha por una vida mejor, en la cual queden definitivamente vencidos no sólo los brotes violentos y más ostensibles por entronizar la violencia y construir una sociedad rígida, sin posibilidades de movilidad, en la cual se eternice una jerarquía de clases y profesiones dentro de cada nación y un orden internacional de países subordinados y dominadores —que no otra cosa ha sido la tentativa del fascismo— sino también todos los gérmenes que en todos los países del mundo propiciarán, de no ser suprimidos, un retroceso catastrófico de la sociedad.

Sin pensar que los problemas de la post-guerra serán de exclusiva índole económica, podemos afirmar con toda certeza que en la economía gravitan sus cuestiones centrales y que sólo tratando de comprenderlas y dominarlas podrá encontrarse solución a problemas más amplios como los de la cultura, las relaciones políticas o la conducta moral, es decir, a los problemas totales del hombre y de la sociedad. Esta es la opinión generalizada hoy no sólo entre los políticos de más visión y en el hombre de la masa —aunque en su caso sea un inconsciente y angustioso deseo— sino también en los más eminentes economistas y hombres de ciencia que aún consideran que su actividad, por ajena que parezca a los menesteres vitales del hombre, no tiene validez alguna sino con referencia a éste y a su vida real. Desde sociólogos tan rigurosos y objetivos como Karl Mannheim, hasta escritores como Thomas Mann o físicos como Einstein, han afirmado en ensayos y libros que mientras la sociedad contemporánea no resuelva problemas esenciales como el de las crisis cíclicas y la desocupación de grandes masas, de los cuales se derivan todas sus tendencias regresivas y morbosas, seguirá caminando en el vacío y amenazada constantemente

con la decadencia. Plantear, pues, el problema contemporáneo como un problema de organización de la economía mundial y de cada uno de los países, no indica en modo alguno menosprecio de otras fuerzas e influencias sociales, sino colocarse en una posición realista que nos conducirá a la comprensión y solución de los problemas básicos del hombre, evitándonos la actitud de profetas, o la situación de “náufragos del siglo XX”, según la conmovedora pero por fortuna poco real calificación que un escritor colombiano daba al hombre contemporáneo. Porque si hay unos cuantos náufragos, hay también hombres y masas clarividentes que por haber conocido la génesis, dirección y soluciones de los grandes problemas actuales, navegan entre ellos con confianza y sin angustia.

Entre la gran masa de problemas económicos que sobrevendrán una vez terminada la guerra, casi todos los economistas están de acuerdo en que la ocupación plena de la población y el sostenimiento del ritmo altamente productivo que la industria ha alcanzado como resultado de las exigencias bélicas, será el punto central de toda la política económica de las metrópolis industriales y con referencia a él es que deben considerarse los restantes.

El asunto, por otra parte, es importante no sólo para las grandes naciones industrializadas como los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia o Francia, sino también para las coloniales o semi-coloniales, de economías combinadas —agraria e industrial— como algunas de América Latina, Colombia entre ellas, cuyo desarrollo está íntimamente relacionado con la situación económica de las metrópolis, que por una parte son mercados para sus productos, y por otra los proveen de créditos, maquinaria y manufacturas que no producen en su propio suelo. Esta interrelación de economías hace que los países de América latina y los hombres que los dirigen no puedan ser indiferentes al curso de tales problemas. Si en los Estados Unidos, por ejemplo, se confronta una situación de desocupación, quiebras bancarias, cierre de fábricas y escaso poder adquisitivo de las masas, los países americanos no tendrán mercado para sus productos ni fuentes de abastecimientos para las necesidades de su industria naciente. Por el contrario, una economía próspera en los Estados Unidos crea amplios mercados para los productos americanos, lo que repercute en un mayor incremento de nuestra producción y en la posibilidad de poder tener mayores importaciones, especialmente en materia de maquinaria industrial y agrícola.

¿Cuál será, en términos precisos, el problema que confrontarán los Estados Unidos en el momento en que llegue la conversión de la industria de guerra a la de paz? Robert Nathan, destacado economista norteamericano, alto funcionario del War Production Board, calcula que al llegar la desmovilización, Norteamérica tendrá que dar ocupación a diez u once millones de soldados. Esto implica necesariamente sostener el ritmo actual de la producción,

en intensidad y número de empresas, incluyendo las que han nacido al amparo de la economía de guerra. El monto aproximado de esta producción es de 180.000 millones de dólares que deben ser absorbidos primordialmente por los consumidores americanos y luego por los extranjeros. Nathan y muchos otros economistas aceptan que la solución de este problema será la prueba más fuerte que se haya podido presentar a la economía basada en el modo de producción capitalista y también a una democracia política fundamentada en una economía capitalista. Será ésta quizá la última oportunidad que tenga el capitalismo para contestar a la objeción que se le ha formulado, sobre todo por parte de los marxistas, de estar imposibilitado para solucionar el azote social de las depresiones cíclicas, con su secuela de desocupación de grandes masas, destrucción de medios de producción, miseria, criminalidad social, conflictos internos y externos y su consecuencia más impresionante y dramática, tan certeramente señalada por Mannheim en sus recientes libros: la desmoralización del hombre, la pérdida de sus controles racionales y su reducción a un ser angustiado e instintivo. Porque es fatal que la humanidad siga tolerando atónita la paradoja de que la riqueza y el avance de la ciencia y la técnica en lugar de solucionar problemas, de aumentar el bienestar del hombre más bien le creen problemas y lo conduzcan al sufrimiento? ¿O que mientras 1.500 millones de los habitantes del mundo viven en estado de sub-consumo, los bienes de consumo se destruyan porque no hay quién los consuma?

La economía capitalista está, pues, ante el dilema de demostrar que sus principios no son incompatibles con el progreso humano, que está en capacidad de seguir aumentando el bienestar de la sociedad, propiciando el aumento del consumo en las grandes masas o aceptar que nuevas formas de organización como el socialismo vengán a poner a prueba sus principios. Algunos teóricos y hombres de empresa partidarios de un capitalismo reformado, creen posible la supresión de las depresiones dentro de un orden económico que conserve los principios básicos del capitalismo, tales como el de la propiedad privada de los medios de producción, la libre empresa y el incentivo del lucro creciente, pero que acepte el hecho imperioso de que es necesario abandonar la ortodoxia económica en algunos aspectos como el de la intervención del Estado, el ahorro y la política de salarios. En su reciente libro, "Economía de la Abundancia" (1), Robert Nathan establece las bases de una política económica que a su juicio podría conducir al dominio de las depresiones. Recogiendo una tesis ya enunciada por Keynes, Nathan plantea ante todo la necesidad de evitar el ahorro improductivo, que restringe la inversión y el consumo. La clave del problema de las depresiones está, para Nathan —y en ello lo acompaña la gran mayoría de los economistas modernos—

(1) Robert Nathan, "Economía de la Abundancia". Edic. Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

en sostener un equilibrio creciente entre producción y consumo. Si el consumo se restringe vendrá primero el abarrotamiento de mercancías, luégo el cierre de fábricas, la desocupación y el descenso del nivel de vida en todas las capas de la población, incluyendo a la capitalista. En el caso de la situación actual, si quiere evitarse una crisis de proporciones catastróficas en la post-guerra, los Estados Unidos deben ampliar su mercado interno y externo para que alcance a absorber la capacidad productiva que tendrán sus fábricas con toda su población hábil ocupada. Ello es perfectamente posible si se abandonan algunos prejuicios. Las depresiones son controlables, no tienen su origen en la voluntad divina, ni causa alguna que no sea susceptible de conocerse por la ciencia económica actual y dominable con las modernas técnicas de control. Una serie de medidas que ataquen el problema central conducirían a sostener el ritmo creciente de la producción y por lo tanto la ocupación plena. He aquí algunas de ellas: estímulos al consumo, pagando mejores salarios a las grandes masas, haciéndolas partícipes en grado creciente del ingreso nacional; establecimiento de una tributación directa sobre los capitales improductivos y el ahorro; organización de un seguro social que evite el temor a la inseguridad y que por lo tanto conduzca al consumo creciente en lugar de conducir al ahorro, y finalmente, algo que tiene excepcional importancia para los países de Latinoamérica: la política de ayuda a la industrialización por medio de altas exportaciones de maquinaria y la concesión de créditos a bajos intereses y largos plazos. Todo esto será favorable a la postre para la economía norteamericana y aumentará los ingresos globales de los propios capitalistas si se parte de algunos axiomas económicos como los de que un alto grado de consumo incrementa el ingreso total de una sociedad, especialmente el de sus fabricantes y de que un país industrializado, con alto nivel de vida en sus habitantes, constituye un mercado de mayor capacidad para absorber mercancías que un país atrasado y con bajo *standard* de vida.

La ocupación plena y el mantenimiento de una economía productiva que garantice la prosperidad creciente y elimine las depresiones periódicas, será el problema crucial de la post-guerra y la prueba definitiva y tal vez última a que se vea sometida la economía capitalista. El desarrollo de esta cuestión central está también íntimamente ligado al porvenir de la democracia en todo lo que ella implica de ascenso hacia la libertad, de dominio de la necesidad y supresión de la escasez, de conquista de la cultura y la dignidad humana. Porque si a la libertad política e intelectual y a todo lo que comprende la dignidad humana no se le dan bases económicas suficientes y estables, perderían la savia que les da realidad y vida. Muchos pensadores y amplias fuerzas sociales creen que ello es posible sin una modificación substancial del sistema capitalista si éste demuestra suficiente elasticidad para afrontar los nuevos problemas. En todo caso, los años inmediatos de la post-

guerra nos darán la respuesta, que de ser negativa obligaría a los hombres a buscar nuevos caminos ante el fracaso de un orden que ya no puede conducir la sociedad hacia etapas más altas de su desarrollo.

Jaime JARAMILLO URIBE